

FATOU, LA JOVEN AFRICANA

LA mujer africana está viviendo una época extraordinaria en la que coinciden los usos y costumbres de un tiempo remoto, con un sentido completamente moderno de la existencia. Los europeos se asombran de ver a la joven negra caminando por las calles de Dakar con el mismo aire desenvuelto y tan exactamente vestida como la muchacha que sale del metro, en París, o que desaparece en alguna calleja de Roma y luego reencontrarla, pocas horas más tarde, en su hogar de la aldea cercana, con el pelo erizado de trencitas y el cuerpo disimulado con el tradicional "boubou" (especie de túnica muy suelta y larga). Se ha sacado el cardigan y los zapatos de taco, el reloj pulsera, el collar de perlas, y si, hasta hace un rato saludaba en francés, con desenfado a sus camaradas estudiantes, ahora, al ver a sus parientes, baja la voz respetuosamente y entabla con ellos, un lento, interminable diálogo en Oulof, en Dioula o cualquiera de las diez mil lenguas y dialectos de Africa.

—“¿Tu corazón está en paz?”

—“Mi corazón está en paz”.

—“¿Tu casa está en paz?”

—“Mi casa está en paz”.

Y así, hasta completar una información exhaustiva acerca de la salud propia y ajena. Una de esas muchachas puede ser Fatou Sow, 21 años, estudiante de sociología en Dakar (Senegal). Le espera un porvenir de mujer culta y dinámica, al que ella se dispone con entusiasmo. Mientras está en la ciudad, se adapta perfectamente a los usos importados de Europa o Norte América y come hamburgers y bebe refrescos embotellados frente al mostrador de un snak—bar; pero cuando va de visita a su aldea natal, a cien kilómetros de la capital, encuentra la cabaña redonda de bambú y paja seca, en la que viven, como hace siglos, su familia. En su hogar, Fatou se sienta en el suelo para comer en un bol el “mil”, tal como lo comían sus antepasados. Y si es una ferviente admiradora de Johnnie Halliday, al que conoce por los discos, y si baila con fluidez

el twist en las reuniones de estudiantes, aquí escucha con veneración al “griot”, que entona alabanzas de su familia, tal como hace siglos, el antepasado de ese “griot” entonaba alabanzas a los antepasados de Fatou. Los “griots” son una especie de juglares que van de pueblo en pueblo, cantando y recibiendo en cambio de esos cantos, comida y regalos. Viven a costilla de su público, pero, al mismo tiempo, son una institución; todo el mundo los respeta y hasta teme.

Gracias a la influencia de partidos surgidos de la Agrupación Africana, la mujer africana, como Fatou Sow, se ha liberado de prejuicios y de un rigor social que le impedía todo desarrollo intelectual y cívico; casi todas las mujeres que trabajan, pertenecen al Sindicato Femenino o a la Unión de Mujeres que defienden sus derechos, pero esto no significa, por ahora, al menos, el abandono de costumbres que parecen surgir de la noche de los tiempos.